
EL CARISMA ROMANO

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS

Eduardo Cárdenas, S.J.

Los recientes acontecimientos que han tocado tan vivamente la historia de la Iglesia, la muerte de dos Papas y la elección de sus sucesores, invitan a una reflexión en profundidad sobre el misterio de la Iglesia. No creemos que en toda la historia de la vida católica se haya presentado una sucesión centenaria de Pontífices tan grandiosa y brillante. Y esto se presenta a la historia precisamente a los mil años de otra situación que constituyó para la Iglesia y el Pontificado romano un "siglo oscuro y de hierro". La fuerza del Espíritu supera todos los cálculos humanos y su dinamismo que se ha puesto a trabajar en la historia demuestra que, no obstante el juego de la libertad humana y la prepotencia del mal, sobre los hombres y sobre la Iglesia, de manera singular, planea la Providencia del Señor.

San Ignacio de Loyola y su Compañía fueron suscitados por Dios como una ayuda excepcional a la Iglesia militante. Si se quiere buscar la motivación profunda

que llevó a los enemigos de esa misma Iglesia para que un día la Compañía de Jesús fuera liquidada en la segunda mitad del siglo XVIII, habría que señalar como causa principal el inconfundible sello romano de los Jesuitas: "Fueron atacados y suprimidos —escribe el historiador protestante Leopoldo Ranke— porque ellos sostenían, en todo su rigor, el principio de la autoridad suprema del Pontífice romano (1) *Storia dei Papi*, trad. del alemán al italiano, Roma 1955, 959).

La incondicional adhesión de San Ignacio y de los jesuitas a la Santa Sede les valió ya desde el principio el aplauso de los grandes católicos (piénsese en San Carlos Borromeo o en San Francisco de Sales) y la animadversión violentísima de las fuerzas anticatólicas. El mote de "Papistas" que recibieron los jesuitas estaba impregnado de admirado reconocimiento a su actitud o de supremo desprecio. "Granaderos del fanatismo y de intolerancia" los llamaba D'Alembert, en vis-

peras de la desaparición de esta Orden formidable; "Jenízaros del Papa" decíanles en Francia y en España. Y de esta suerte, haciendo honor a su nombre, a su Fundador, a sus tradiciones y a su espíritu "no desmintieron (los Jesuítas) el principio de obediencia al Papa y de disciplina en la Iglesia, según las Constituciones" (2) (B. Matteucci, *Il Papato di fronte all'assolutismo e al giurisdizionalismo* (1605-1774) en *I Papi nella Storia* II, Roma 1961, 750-751).

Han pasado ya 440 años de la fundación de la Compañía de Jesús. En honor a la verdad hay que desplorar que la historia de la Orden de San Ignacio ha ofrecido en el presente ciertos síntomas de enervamiento y desidentificación de los grandes principios que la rigen, síntomas tanto más dolorosos cuanto menos esperados en una Orden que se había distinguido hasta el heroísmo por su adhesión a la persona del Papa. Preocupado por hechos alarmantes ocurridos en el interior de la Compañía de Jesús, en estos últimos años, el P. Pedro Arrupe, General de la Orden de San Ignacio, se ha visto precisado a llamar la atención sobre un fenómeno tan grave y a multiplicar sus manifestaciones de absoluta devoción a la Cátedra de San Pedro más necesitada que nunca de que las auténticas fuerzas eclesiales formaran un frente compacto al servicio del Evangelio. En enero de 1972 el Padre General se sintió obligado a dirigir a toda la Compañía una instrucción "sobre la perfecta fidelidad a la persona del Sumo Pontífice" (3) (Acta Romana Soc. Iesu XV (1972), 851-853). Ni aún así han desaparecido estos síntomas dolorosos tan extraños a un Cuerpo cuya finalidad era, en la intención de San Ignacio "militar para Cristo y servir a sola su Divina Majestad y a su esposa la Iglesia bajo el Romano Pontífice. Vicario de Cristo en la tierra" (4) (Fórmula Inst. Soc.

Iesu en la Letras Apost. de Julio III "Ex-oscit debitum", 21 de julio de 1550).

Algunos han querido dar razón de estas actitudes extrañas apelando, con mucha confusión y desconocimiento de la historia, a la conducta de San Ignacio con el Papa Paulo IV. El historiador jesuíta, P.M. Fois, ha puesto en su justa luz la conducta del santo, que no puede ni mucho menos aducirse como paralela o semejante a ciertos comportamientos recientes. (5) (Notizie, Nov. 1976 Roma).

Si los jesuítas quieren seguir siendo lo que San Ignacio pretendió en su fundación y lo que la Iglesia esperó al aprobarlos han de distinguirse en la coherencia de su vocación original.

Quisiera, por estas razones, evocar algunos testimonios de la catolicidad, de la romanidad de la Compañía de Jesús.

La vida y la obra de nuestro Santo Fundador se inscribe espléndidamente en la historia de la santidad católica. Vivía aún San Ignacio y enviáronle una carta los profesores de la Universidad de Barcelona. Reconocían en él a un auténtico reformador y le decían:

"Cuando consideramos vuestras obras, Reverendo Padre, y traemos a la memoria las de la antigüedad, nos parecéis en gran manera beatísimo, porque Cristo os ha elegido (. . .) para sostener firme los viejos edificios eclesiásticos que se arruinan por su misma vetustez (. . .). Esto es lo que hicieron en otro tiempo Antonio y Basilio, Benito y Bernardo, Francisco y Domingo, y otros muchos varones a quienes damos culto y veneramos entre los Santos" (6) (Ep. Ign. XII, 555).

Giovanni Papini ha llamado a San Ignacio de Loyola "el más católico de los

Santos". Todos los santos han sido católicos, todos han vibrado de amor a la Iglesia, todos se han identificado con ella, ninguno ha hecho mofa de su Madre, todos han visto en el Papa al Pastor, al Maestro y el Padre. Singularmente los grandes fundadores y reformadores han vivido la percepción sobrenatural de la maternidad y del señorío de la Iglesia y de lo que en ella significa el ministerio de Pedro. Allí están para declararlo. San Bernardo, con su ideal límpido y realista del papado medieval. Allí San Francisco, prototipo del profeta auténtico, humilde y veraz, que somete con obediencia heroica su proyecto evangélico a la autoridad del Papa y así consigue reformar a la Iglesia. Para él existe una Iglesia y en ella un obispo que se llevan lo más gentil y afectuoso de su alma poética: "La Santa Iglesia Romana" y "El Señor Papa Honorio". No era brillante la historia pontificia en tiempos de Catalina de Siena; pero esta mujer de tanta aristocracia espiritual, que ha merecido ser reconocida doctora de la Iglesia, no desconoce las miserias de la corte papal, mas no vacila en llamar al Papa "dulce Cristo en la tierra".

Santa Teresa de Jesús, que no por mística dejaba de sufrir el drama religioso de su siglo, denominado por ella "estos tiempos recios", toma muy en serio la función criteriológica de la Iglesia:

"tengo por muy cierto —escribe en su autobiografía— que el demonio no engañará, ni lo permitirá Dios, a alma que de ninguna cosa se fía de sí y está fortalecida en la fe, que entienda ella de sí que por un punto de ella morirá mil muertes. Y con este amor a la fe que infunde luego Dios, que es una fe viva, fuerte, procura ir conforme a lo que (sos)-tiene la Iglesia, preguntando a unos y a otros como quien ya ha hecho asiento fuerte de estas verdades,

que no la moverían cuantas revelaciones pueda imaginar, aunque viese abiertos los cielos, un punto de lo que tiene la Iglesia" (7) (Biogr. XXV).

En tiempos más cercanos al nuestro, San Antonio María Claret acaudillaba a los obispos españoles en defensa de la infalibilidad del magisterio pontificio; San Juan Bosco, creador de una moderna familia religiosa de impresionante expansión, acompaña apasionadamente el doloroso itinerario de Pío IX, y siempre lo defiende, y siempre lo estimula, y despliega la actividad inteligente y amable propia de su genio, para que el pueblo italiano no se desafecte de la persona del Papa.

La santidad es el máspreciado carisma de la Iglesia, porque los santos vivieron las profundidades del amor y poseyeron las intuiciones propias de los profetas y de los sabios. A su hora oportuna, aunque hayan vivido en el anonimato, Dios los descubre para edificación de su pueblo. Madeleine Delbrel, contemporánea nuestra, comparable por su obra a San Vicente de Paúl o a Federico Ozanam, que consagró su vida a los pobres en los ambientes más hostiles y crueles, testigo de ciertos fenómenos dolorosos de la Iglesia de Francia en los años cincuenta, escribía en su místico libro *La joie de croire*:

"como consecuencia de cierto número de hechos ocurridos en estos últimos meses, sentí un gran deseo de ir a Roma. Roma es para mí una suerte de sacramento de Cristo-Iglesia (. . .). Quería hacer esto con plena fe: pasar un día en San Pedro y orar plenamente. Llegué el seis de mayo (1952) a las 8,45 (. . .). Fui directamente a San Pedro. Salí dos o tres veces para comer o hacer algunas compras. Aparte de esto, permanecí donde me parecía el mejor lugar de mi oración: el altar del Papa y la Tumba de San Pedro. Tomé el tren

a las 22,30" (8) (Cf. H. De Lubac, *la Iglesia en la crisis actual, Santander 1970, 77-79*).

Esta fue exactamente la experiencia de la madurez espiritual de San Ignacio: Roma se convirtió para él en una suerte de sacramento de Cristo. Bien sabemos que los sacramentos no son teofanías: constituyen la comunicación silente de Dios a través de la humildad de los signos. En la Roma y en la Iglesia de su tiempo no negó San Ignacio la presencia de Cristo a pesar de la vulnerabilidad y de la fragilidad y de la humillación de la Iglesia histórica que a veces, en su marcha, ofrece tantos signos de abatimiento y de fatiga.

Los grandes católicos del siglo XVI sufrieron atrozmente por las limitaciones y las miserias de su Madre. Baste leer algunas cartas de San Pedro Canisio cuando ya la Iglesia caminaba por la vía de la reforma. Pero unos fueron los ojos y el corazón de los Santos y otro el cerebro de los humanistas. Sin coraje para abandonar la casa paterna, más temerosos de hacerse luteranos que de tolerarse católicos, se agrupaban los admiradores de Erasmo, porque en aquellos "tiempos recios" no pensar como él o no quemarle un granillo de incienso era arrostrar la impopularidad y la vergüenza y matricularse en la anónima multitud de los simples creyentes. También entonces se acuñaban slogans estériles y se emulaba en sarcasmos contra la propia Madre humillada y en apariencia agónica. En nuestra época, cuando un teólogo inglés desertó del Catolicismo, apuntando contra la Iglesia la acusación implacable, un hijo noble de San Ignacio, de esos que rescatan con su vida y con su obra las falsificaciones del proyecto ignaciano, el P. Henri de Lubac, interrogado acerca de lo que pensaba de la apostasía de Charles Davis, no tuvo otra respuesta sino esta: "Nunca beso a mi madre con mayor afecto como cuando

veo su rostro manchado de fango". Esa lección se aprendió en el corazón de San Ignacio.

La época de la fundación de la Compañía ha sido de una de las más patéticas y bellas en la historia católica. Los revolucionarios de la Iglesia desesperaron definitivamente de las virtualidades implícitas que ella contiene, asistida del Espíritu de Dios, para operar su conversión y su renovación sincera. Pero así como no pueden salvar a la Iglesia tampoco pueden destruirla. Otros que presumieron de profetas, sofocaron su virtual vocación reformadora por la exasperación corrosiva con que abordaron los problemas. Otros, encastillados en su autosuficiencia desdeñaron la fe de los humildes abiertos a las más altas interpelaciones de Dios. Sólo los Santos quedaron como auténticos reformadores, anclados en las profundidades espirituales de la Iglesia, y a partir de ella, sin separarse de ella, amándola con pasión y con ternura, guardando las exigencias de la comunión y la caridad, se dieron a la tarea de la renovación eclesial y la lograron.

Pero toda reforma, si quiere ser eficaz y duradera, ha de ser construída sobre la roca, y la roca es Pedro, y es el Papa, coordinador supremo y auténtico de toda acción apostólica de la Iglesia.

El carisma romano de San Ignacio evolucionó gradualmente hasta una claridad definitiva. El P. De Guibert insiste en la percepción que tenía de los planes divinos a nivel universal; esto suponía encarnarse en la dimensión ecuménica de la Iglesia poniendo su proyecto en las manos del Pastor universal. Se iba configurando la futura Compañía y escribe Fabro en nombre de Ignacio y de sus compañeros estas palabras al portugués Diego de Gouvea, que inquiría sobre los planes del grupo:

"Nosotros, todos cuantos coligados en esta Compañía estamos, nos hemos ofrecido al Sumo Pontífice —era el año de 1538— por cuanto es el Señor de toda la mies de Cristo; y en esta obediencia le significamos estar preparados a todo cuanto de nosotros, en Cristo, dispusiere; de modo que si él nos envía a donde vos nos llamais (a la India), gozosos iremos. La causa de esta nuestra resolución, que nos sujeta a su juicio y voluntad, fue entender que él (el Papa) tiene mayor conocimiento de lo que conviene al universo cristianismo" (9) (Obras completas de San Ign. de Loyola, BAC 86, 669).

Desde Montmartre hasta su muerte, Ignacio se mostró coherente con esta convicción profunda: él sabe que cuando habla el Papa, es Cristo quien habla por boca de su Vicario. Escribirá más tarde al obispo de Calahorra, Bernal Díaz de Luco:

"Como no somos nuestros, ni queremos (serlo), nos contentamos en peregrinar donde quiera que el Vicario de Cristo Nuestro Señor mandado nos enviare; a la voz del cual resonando el cielo, y en ninguna parte la tierra, en nosotros no siento alguna pereza ni moción alguna de ella" (10) (Ign. Epist. I, 241).

Recordando esta disponibilidad total en manos del Papa recoge Ribadeneira esta cita de Ignacio:

"Si el Papa —se expresó una vez— me mandase que en el Puerto de Ostia entrase en la primera barca que hallase, y que sin gobernalle, sin vela y sin remos, atravesase la mar (. . .), obedecería como si me fuese revelado o mandado por Dios. Yo mismo le oí esto —concluye Ribadeneira— el seis o el ocho de septiembre de 1555" (11) (Fontes narrativi II. 343).

Esta es la pasión por la verdad de la fe que mantienen los Santos. Cómo coinciden San Ignacio y Juan XXIII en la apreciación de la palabra del Papa. En su inspirado *Diario del Alma*, y preparándose a ser ordenado diácono en 1903, escribe el Papa Juan:

"Procuraré guardar bien mi fe, como un santo tesoro, y pondré sumo cuidado de empaparme de ese espíritu de fe que va poco a poco desapareciendo por culpa de las llamadas exigencias de la crítica, al soplo y a la luz de los tiempos nuevos. Si el Señor me concede una vida larga y que llegue a ser sacerdote de algún provecho para la Iglesia, quiero que se diga de mí —y me gloriaré de ello más que de ningún otro título— que fui un sacerdote de fe viva, sencillo, de una pieza con el Papa, y por el Papa, siempre, incluso en las cosas no definidas, en los más pequeños modos de ver y de sentir. Quiero ser como aquellos buenos sacerdotes de Bérgamo de otro tiempo, cuya memoria vive entre bendiciones y que no veían ni querían ver más allá de cuanto veía el Papa, los obispos, el sentido común, el espíritu de la Iglesia" (12) (Diario del Alma, Madrid 1964, 218).

Hay en la vida de Ignacio una experiencia que determina toda su orientación futura. Llamados a Roma en el otoño de 1537, mientras esperaban en Venecia poder embarcarse a Tierra Santa, decidieron Ignacio y sus compañeros pasar a la Ciudad eterna; él con Febro y con Laínez, y se presentarían al Papa. Ignacio acababa de ser ordenado sacerdote y se movía connaturalmente en el medio divino de singulares gracias y dones sobrenaturales. A tres leguas de Roma entraron en el lugar de La Storta a una ermita para hacer oración. Cuenta el santo en su biografía que "sintió tal mutación en su ánima, y vio tan claramente que Dios Padre le po-

nía con Cristo su Hijo, que no tendría ánimo para dudar de esto, sino que Dios Padre le ponía con su Hijo" (13) (*Autob. 86, Fontes I 496*).

Pero al P. Laínez le declaró mucho más:

"Me dijo que parecía que Dios le imprimía en el corazón estas palabras: ego ero vobis Romae propitius (. . .) y que le parecía ver a Cristo con la Cruz a cuestas y el Padre eterno, al lado, que le decía: quiero que tomes a este servidor tuyo" (Etc) (14) (Scripta de S. Ign. II, 74-75).

Desde ese momento su ideal de Jerusalén se convierte en ideal de Roma. La orientación romana de la Compañía la juzgaba Fabro "un memorable beneficio y como fundamento de toda la Compañía, cuando nos presentamos al Sumo Pontífice Paulo III, para que viera en qué podíamos servir a Cristo en edificación de todos cuantos están bajo el poder de la Sede Apostólica" (15) (MHSI, Fabri Mon. 497-498).

El cuarto voto que se hace en la Compañía de Jesús de especial obediencia al Sumo Pontífice nace de una soberana experiencia espiritual. La bula del 27 de septiembre de 1540 promulga ese paso carismático y lo aprueba. Pero es un voto de tales exigencias que los que aspiren a ser de la Compañía deben meditar larga y detenidamente si tienen hombres para llevar tal carga y si el Espíritu Santo que les mueve, les promete la gracia necesaria para su consumación. Años más tarde quiso Ignacio puntualizar ciertos aspectos tocados por el Papa Farnese y la bula de aprobación (*Exposit debitum*) de 1550 copió a la letra la fórmula del Instituto redactada por el fundador que se hizo ayudar por Polanco. Esa es la Fó-

mula de la cual Pablo VI se declaró defensor y garante:

Por nuestra mayor devoción a la obediencia de la Sede Apostólica, y para mayor abnegación de nuestras voluntades, y para ser más seguramente encaminados del Espíritu Santo, hemos juzgado que en gran manera aprovechará que cualquiera de nosotros, y los que de hoy en adelante hicieron la misma profesión, demás de los tres votos comunes, nos obliguemos con este voto particular, que obedeceremos a todo lo que nuestro Santo Padre que hoy es y los que por tiempo fueron Pontífices Romanos, nos mandaren para el provecho de las almas y acrecentamiento de la fe".

La iniciativa de Ignacio no se funda en consideraciones de orden práctico o jurídico. Se hace voto de especial obediencia al Papa primeramente por una razón de fe, la que el P. Hugo Rahner llama "unctio et ratio", que tiene sus orígenes místicos y teológicos en las Reglas para sentir con la Iglesia. Es esa Iglesia que enamora a los Santos; se vuelven líricos para dirigirse a ella: Iglesia Esposa de Cristo la llama San Ignacio; Iglesia Madre, Iglesia militante, y, acuñando por primera vez la expresión en la historia de la teología, Ignacio la denomina "Santa Madre Iglesia hierárquica". Ignacio reencaminó las fuerzas del misticismo que corrían peligro de extraviarse en un espiritualismo individual de contornos anárquicos, a servir al reino de Cristo en la Iglesia militante, es decir, Iglesia visible y jerárquica, Iglesia histórica y social.

En nombre del fundador, su gran confidente y amigo, Nadal, promulga las Constituciones. A los jesuitas de Coimbra les dirige estas palabras:

"En esta Iglesia el Señor ordena Obispos en un estado alto y perfecto que (. . .) rijan a los otros y edifiquen en el Señor. Recordaré que todos nosotros nos debemos reconocer por ministros y siervos de ellos y hablar de ellos como de perfectos, sin murmurar de ninguno, pensando de los ayudar verbo et opere cuanto sea posible; y especialmente hacer esto con el Papa, con suma veneración, pues es el Vicario inmediato de Jesucristo Nuestro Señor, que en su lugar rige esta nave de la Iglesia santa en que todos navegamos; y no haya quien se quiera meter a juzgar de lo que hace o no hace, pues no hay ninguno en la tierra que pueda ser su juez. Abajemos la cabeza a sus preceptos y lo que él mandare o hiciere, eso juzguemos por bueno, procurando siempre de defenderle" (16) (Nadal, Pláticas espirituales, 52).

Defender al Papa. Ha sido un dramático servicio que ha prestado a la Iglesia aquella Compañía que fundó San Ignacio.

"Siempre suele hacer nuestra Compañía —escribe el Santo— lo que puede para mantener (a los fieles) en devoción, humildad y observancia de la Sede Apostólica (. . .). Así que nuestro oficio es siempre usar diligencia para aumentar la obediencia verdadera y no fingida a la Sede Apostólica, según nuestra mínima profesión para que todos vengan a un mismo fin" (17) (Ign. Epíst. X, 64).

Los Papas que conoció Ignacio no fueron San Pío X o Juan XXIII. Fueron Borjas, Medicis y Farneses. Convivió con la humillación de la Iglesia y con el aplebeyamiento de muchos cuadros eclesiásticos. Pero el historiador puede desafiar a cualquiera a que señale una sola línea, una sola palabra de San Ignacio de Loyola que signifique, escarnio, mofa o despres-

tigio de la que hoy llaman "Iglesia institucional". No desconoció los problemas, pero pidió respeto por los obispos a quienes humildemente llama "nuestros mayores". Creo yo que después de San Ignacio, el santo más moderno, más actual para la emergencia contemporánea de la Compañía, es San Pedro Canisio. A los 25 años ya era teólogo en el Concilio de Trento. Casi 70 años trabajó en la Alemania luterana, sindicado junto con los jesuitas que lo acompañaban de "perro papista", "canes paistissimi". Fue el santo de la esperanza, cuyo mérito inigualable consistió sobre todo en haber perseverado, siempre fiel a su Iglesia y al Papa, cuando tantas voces se levantaban para decirle que estaba trabajando en el vacío. Hombre de Iglesia, de Roma, de caridad y de comunión, cuando murió en 1597 dejaba a Media Alemania estructurada y sólida en la fe.

Hijos de semejante Padre los mártires europeos de la Compañía, once de los cuales fueron canonizados por Pablo VI, sin una sola excepción, murieron como testigos de la fe en el primado y en la autoridad del Papa. Desde Inglaterra hasta Ucrania, desde las Azores hasta Polonia los mártires jesuitas del Pontificado hicieron fecundas para la fe tierras que otras traiciones habían esterilizado. Y en la revolución francesa, los antiguos jesuitas de la extinguida Compañía, que habían sentido caer sobre su orden la pesada mano del Padre, fueron acuchillados porque se negaron a reconocer otra Iglesia que no fuera la de Pedro.

Murió Pablo VI y el mundo ha comenzado a hacer justicia a su persona y a su obra. Junto a su lecho de agonía se encontraba su confesor, el P. Paolo Dezza, S.J., quien, en la Misa que celebraron los jesuitas de Roma por el descanso eterno de aquella alma privilegiada, evocó su amor y su solicitud por la Compañía de

Jesús. Hemos de confesar con inmensa pesadumbre que el Santo Padre debió de regresar a su Dios y a su Señor sin haber visto todavía que el carisma romano de la Compañía de Jesús volvía a manifestarse con todo el vigor correspondiente a las intenciones de Ignacio y a la más genuina tradición espiritual de los santos y de los teólogos de nuestra Compañía. Pero durante su pontificado, Pablo VI, si bien tuvo motivos de estupor y de amargura, tuvo también horas de inmenso consuelo, conociendo como conocía la fidelidad de innumerables jesuítas a la Sede romana. Baste pensar en la devoción heroica de los

jesuítas chinos, húngaros, checoslovacos o lituanos, asediados, como el resto de la Iglesia en aquellas tierras inhumanas donde sufre y agoniza, pero no muere, para que compraran una vergonzosa libertad separándose del Papa. Ellos han hecho honor a su firma, "S.J." como el joven obispo eslovaco, Jan Korec, jesuíta, procesado, encarcelado y hostilizado en estos nuestros días, pero jamás apóstata. Ellos representan a la única Compañía de Jesús, la de Ignacio y la del Papa, y con su fidelidad compensan de sobra ciertas vergüenzas de Occidente que implacablemente juzgará un día la historia..